

EL AÑO DESPUÉS

Por Gustavo Blanc

LA ENCRUCIJADA

Chuck Nolland ve alejarse la camioneta con esas misteriosas alas pintadas detrás y su sorpresa es mayúscula, al notar que “el destinatario” de ese paquete que tanta intriga y a la vez cobijo le proporcionó durante esos interminables cuatro años en la isla; no era otra persona que una bella y simpática pelirroja que podría dejar huella de inmediato en su atribulado corazón.

El impulso inicial fue seguir el camino de ella y volver a la casa o al taller en donde ella se encontraría, pero... ¿sería ese el momento? Tanta encrucijada, tan reciente, con el corazón destruido por haber perdido a Kelly por segunda vez y ahora... buscar otro camino junto a una persona atractiva, pero, ¿desconocida?

Mejor seguir con la búsqueda, los cuatro destinos de ese cruce le marcan en forma clara su situación, pero, ¿volvería otra vez a estar allí, en ese punto remoto de su querida y lejana Phoenix algún día? ¿Sería hoy la única oportunidad?

Luego de las vicisitudes pasadas en cuanto al accidente, su supervivencia, los días eternos, dolorosos, con esa depresión insondable durante tres de los cuatro años allí; esto parece un juego de niños...o no tanto.

¿Quién sería ella? ¿Le traería más dolor o algún consuelo? Después de todo, alejarse un poco de Phoenix significaba que nadie se enteraría de su probable fracaso para encarar una nueva relación.

La solución viable sería entonces dormir esa noche en el pueblo más cercano y al día siguiente decidir.

El pequeño hotel tiene casi todas las habitaciones disponibles. Chuck, luego de registrarse, carga gasolina, cena en el único bar del lugar y después se retira a su pequeña habitación a...permanecer en esa cama sin poder dormir.

La mañana siguiente lo encuentra tomando el camino de “las alas”, con el convencimiento que se estaba equivocando otra vez. Luego de media hora de viaje, llega al rancho en el cual se ve un cartel en el que dice solamente “Bettina”, que parece haber sido cortado con otro nombre antes del de la mujer.

El perro, hermoso, sale a recibirlo y luego aparece ella, con cara de pocos amigos, tras lo cual, Chuck sólo atina a explicar que fue él quien dejó el cartel junto al viejo paquete con las alas, en el cual rezaba “este paquete salvó mi vida” y debajo su nombre a modo de firma. Es en ese momento cuando la mujer se presenta:

- Ah bien, ¡no entendía el porqué de semejante mensaje! Tal vez usted esté aquí para explicarme tanto misterio, ¡además de lograr saber por qué este envío tardó más de cuatro años en llegar de vuelta a mis manos!!
- Bien, la historia es larga, pero se la resumo en pocas palabras: tuve un accidente aéreo en medio del Pacífico, en un vuelo de mi empresa, Fed Ex; tras el cual sobreviví y por esas cosas del destino, fui a dar a una isla desierta, en donde pasé cuatro años en absoluta

soledad y con muchos momentos de desesperación y hasta depresión; para luego huir de ella en una balsa y ser rescatado; pero no la quiero aburrir con mi relato.

- Más que aburrirme, me resulta una fantasía y una falta de respeto llegar hasta mi casa para contarme semejante historia. ¿Qué pretende usted?

Chuck quiere huir despavorido, pero se dirige hacia su camioneta y trae un par de artículos de dos periódicos de Phoenix que cuentan su fantástica historia y se los muestra a Bettina, al menos para salvar su honor, antes de partir.

Bettina, claramente sorprendida, no puede dar crédito a lo que lee. Mira las fotos y luego mira a Chuck para cerciorarse de que esto no fuese una trampa más de su destino.

- Oh, disculpe, es que vivo sola y tengo cierta aversión al contacto con personas, especialmente si se trata de hombres.
- Bien, Sra. Peterson, lamento haberla...
- No soy más la Sra Peterson, mi nombre es Bettina Mc Cormick, y por favor, déjeme servirle un café, me siento una maleducada por haberlo tratado mal.
- Bien, le acepto las disculpas y el café, pero reconozco que no debí venir a importunarla.
- Realmente, Ud me ha sacado la duda del porqué de semejante mensaje. Ayer cuando vi el paquete y ese texto, no sabía de qué se trataba, imagínese, sólo había recibido hace mucho, una notificación de Fed Ex que, por un accidente aéreo, mi paquete no pudo entregarse. Como no era tan importante, dejé eso en el olvido y volví a hacer el envío, esta vez por otra empresa de correos...

Chuck volvió a tener un semblante un poco más relajado. Ahora entendía por qué el cartel de la entrada al rancho estaba seccionado, seguramente Bettina había cortado el nombre de su ex ...

- Dick Peterson es el nombre del cabrón...
- Ah, entiendo. Le agradezco mucho el café, pero tengo que regresar a Phoenix. Si le interesa conocer algo más sobre mi horrible aventura, le dejo mi tarjeta.
- ¡Sí, claro, si eso no le produce alguna pena, me gustaría saber más cosas, incluso podría expresar en alguna de mis esculturas este suceso tan importante...y raro! Imagínese, un hombre que vuelve de la muerte, no se encuentra todos los días...

Chuck saluda amablemente y monta la camioneta que Kelly le guardó durante más de cuatro años en su garaje.

LA ESPERA

El camino a Phoenix parece no terminar nunca. La bella pelirroja escocesa le había impactado, pero el miedo lo hacía ir en sentido contrario. La tarjeta que ella le había dado, vuela por la ventanilla con la certeza de que ella no se comunicaría y así terminaría todo.

Pasan seis meses de trabajo arduo, alternando con alguna licencia psiquiátrica, pero con una remontada notable en su salud física y ante todo, mental. Los traumas, el miedo y la inercia del no-trabajo han dejado huella. Sólo su amigo Stan conoce su estado real, ya que la Jefa que tanto lo entendía (Becca Twig), ha dejado recientemente la empresa. Por su parte Kelly, intenta no cruzarse en su camino.

Un sábado carente de planes con amigos, recibe una llamada.

- Oye cowboy ¿no me reconoces?
- Bettina?
- ¡Si!!! ¡Qué buen oído! Mira, estoy cerca de Phoenix, en Tucson y pensé que tal vez te gustaría charlar un rato y que me cuentes otra de tus aventuras...si es que has tenido otra, como que has caído en la selva y te salvaron los monos, o algo así...

- Jajaja!! Ok Bettina, puedo llegarme hasta esa fea ciudad, ¿te parece que cenemos? ¿O te vienes a Phoenix que es más bella?
- Mejor vienes para acá. Estoy escasa de Money y me han confinado en un hotel para entregar acá unos diseños que hice.
- Ok. ¿Te parece a las 7 PM?
- Perfecto, luego pregunto por algún restaurante bueno.

Las dos horas de camino para llegar a Tucson se han hecho largas, pero Chuck llega casi puntual a la cita. Hay una mezcla de emoción y temor, pero, aquí estamos.

Bettina luce un vestido que nada tiene que ver con los vaqueros gastados y ese look campestre y ciertamente descuidado que usaba cuando se vieron por única vez. La prenda tiene hombros al descubierto, con flores, llegando hasta la rodilla, un aro artesanal con plumas delicadas y unos zuecos de tela de yute conforman un todo más que interesante, para cualquier mirada indiscreta, como la de Chuck en ese momento. Le sorprende el abrazo de ella, totalmente inesperado. También la predisposición al diálogo de calidad.

La cena promete ser inolvidable, hasta que ella le confiesa que muchas veces pensó en él, a tal punto que hizo algunas maquetas de una escultura que representara la isla y su amigo Wilson. Allí Chuck se petrifica de miedo.

Luego de tartamudear bastante, llevando él la conversación hacia otros rumbos, ella pregunta:

- ¿Te quedarás a dormir acá en Tucson o vuelves a Phoenix?
- Creo que me vuelvo...o que me quedo, ja ja ja
- Hay un hotel enfrente del mío, aunque tal vez en el mío tengas lugar, depende del nivel al que estés acostumbrado...
- Pruebo de conseguir habitación en el tuyo, no soy muy exigente como tú piensas...

La noche transcurre pacíficamente, cada uno en su habitación, cada uno esperando que suene la puerta y sea el otro, lo cual no sucede.

Al día siguiente, el desayuno juntos es más claro, más distendido, especialmente para Chuck. Ella pregunta:

- ¿Algún día volverías a la isla? Se ha hecho conocida desde que tuviste ese suceso...
- ¿No imaginé que estuvieras tan informada!!
- ¡Es que tu historia es muy cautivante! Hasta he mirado a la isla Monuriki por Google Earth.
- ¡Vaya! ¡Para mí es un pavoroso desafío el volver!!
- ¡Y si me acompañas? ¡Creo que llegar a ella de por sí es otra aventura!
- ¡Me lo dices en serio?
- No sé...se me ocurrió anoche mientras miraba fotos de tu regreso en el barco que te rescató. Imagino que volver a esos mares significaría algún tipo de curación para tu alma...
- He tocado el tema un par de veces con mi psiquiatra y él ha dejado la respuesta en mis manos. No sé qué responderte.
- Ok, hagamos una cosa, yo mañana vuelvo a casa y averiguo cómo se haría semejante viaje, te averiguo precios, vuelos, vías marítimas etc. Iríamos como amigos, obvio.
- ¡Vaya! ¡Eso de viajar en pareja "como amigos" no es de mi generación ¡!! Jajaja
- Hoy casi todos los jóvenes lo hacen...

EL VIAJE

Solo 20 días pasaron para que Chuck recibiera la siguiente llamada de Bettina. La respuesta a los itinerarios y demás detalles fue positiva:

- Me parece todo bien, pero tú pagarás las sesiones extra con mi psiquiatra, si es que vuelvo...
- Bien, cualquier cosa hacemos terapia de pareja-no-pareja, jajaja
- Por suerte no viajaré en aviones de Fed Ex...jeje

Un mes después, en el aire con rumbo a las islas Fiji, en la Polinesia:

- Muchas veces me he preguntado: qué contenía el paquete de las alas...
- Nada muy especial, eran los bocetos de unas esculturas de unas manos que le mandaba yo a un argentino que vivía en Kuala Lumpur y quería hacer ese homenaje a su esposa fallecida, que había sido pianista. Pero, yo tengo otra pregunta: ¿por qué me lo trajiste a mí y no al destinatario?
- Me quedaba un poco lejos (ríe), además los datos en la caja estaban totalmente inteligibles.
- Me alegro que te hayan ayudado a conservar ese sentido del deber y con eso, la esperanza de entregarlo algún día
- Fue una de las tantas decisiones en que me sobraba el tiempo para pensar y repensar, al igual que abrir otros paquetes, cuyos objetos me ayudaron en la supervivencia.
- ¡Parece que estamos llegando! Hemos dado un par de vueltas a esa isla grande que se ve allí, ¿será Fiji?
- Supongo. Allí abordaremos el pequeño avión, ¿de esos que se mueven con sólo una brisa?
- Es el plan, pero déjame comentarte que pueden planear si algo sucede, hasta aterrizar o amerizar. Son hidroaviones.

Un hotel lleno de mosquitos y otros insectos varios, pero frente a un atardecer inolvidable, fue el lugar justo para una cena maravillosa, llena de anécdotas y de confesiones por ambos lados. El viaje se tornaba cada vez más interesante. La marea golpeando cerca del comedor y algunas nubes muy claras, daban un marco inigualable para romper el pacto de "amigos" y pasar a otro estadio. Ella se quedó dormida en un sillón contiguo a la playa, mientras él miraba algún punto en el océano infinito.

El día siguiente los sorprendió con un cielo cubierto, pero con pronóstico de "lluvias leves en la tarde-noche".

El vuelo estaba programado en un Cessna Hidro turbohélice muy moderno, que generaba algo de confianza, pero no toda la deseable. Ambos lo abordaron antes del mediodía, junto a una pareja de japoneses que conocían la historia, pero que no reconocieron a Chuck.

Fue la oportunidad de él para enterarse que había dos islas más, cerca de Monuriki, pero que había sido imposible de verlas para él, por ser atolones, es decir, islas coralinas, que siempre son de baja altura y que, además, no le hubieran servido de mucho, porque tenían condiciones mucho más adversas de las que él contaba en donde estuvo.

Bettina estaba fascinada con el viaje de más de una hora, pero Chuck estaba temeroso, traumatado, como es de esperar.

De repente, aparece la isla por la ventanilla de ellos y un escalofrío recorrió el cuerpo de Chuk, a tal punto que comenzaron de repente las náuseas, un temblor frío en las manos y ganas de amerizar cuando antes, o, mejor aún, de estar en el "family room" de su casa de Phoenix. Bettina lo miraba con mucha intensidad y le frotaba la espalda, como para transmitirle algo de bienestar.

El amerizaje fue tranquilo e inmediatamente el copiloto procedió a inflar el pequeño bote que los llevaría a la playa, la misma en que hace años él escribiera “ HELP” y que las olas habían borrado al día siguiente.

Chuck fue el último en bajar. Bettina lo ayudó a subir al bote, pues seguía descompuesto, a pesar de las gotitas que le proporcionara el copiloto. Este mismo tomó los remos y condujo a los japoneses y a nuestros amigos a la playa. La emoción estaba dividida entre un vómito de Chuck y las lágrimas de ambos por llegar a un destino tan diferente a cualquier otro. Cuatro años en ese lugar habían dejado su impronta, o mejor dicho, una impronta falsa, con una choza que él nunca hizo y con marcas que conducían a la pequeña cueva por él habitada en los días fríos o de lluvia. Era, digamos, un incipiente destino turístico para gente informada por los medios de comunicación y ornamentada por algún oportunista que quiso vender el viaje. Tanto los japoneses, como piloto y copiloto, se enteraron allí quien había sido el protagonista. Una vez pasado el shock y la descompostura, comienza a relatar a sus 5 oyentes distintos pormenores y penurias allí acontecidas, sin dejar de lado su toque humorístico en tono serio. Evita, por supuesto, mirar a la cumbre de la isla (de sólo 187 msnm), para no ver el sitio donde intentara quitarse la vida, luego de 3 años de soledad y desesperación.

- ¿Qué sientes ahora Chuck?
- De todo Bett. Otra vez se me revuelve el estómago y tengo la cabeza dando vueltas a mil. No veo la hora de volver. Pasé mil momentos difíciles aquí. Sólo recuerdo dos o tres de agrado.
- ¿Cuáles?
- Cuando pude por fin hacer fuego, en ese lugar que está allí. Otro cuando pesqué por primera vez un mero pequeño, pero sabroso y el tercer momento...cuando pude sobrepasar la que yo llamaba “la ola maldita”, aunque allí tuve mezcla de sentimientos por dejar ese hogar relativamente seguro para adentrarme en el océano, el cual me esperaba con una muerte casi garantizada.
- ¿Nada más que esos tres momentos?
- Ahora que estoy aquí, puedo recordar que a veces sentía un cierto placer de estar solo y tranquilo, aunque el aburrimiento y la extrema soledad al instante me hacían presagiar un estado de locura inminente.
- Bueno, si te parece más productivo, ahora puedes contarme alguna anécdota “in situ”; algo que antes no me hayas contado, por ejemplo, ¿cuál fue el lugar en donde viste de cerca el tiburón?
- Del otro lado de esas rocas, la bahía poco profunda, pero...creo que ya es hora de irse. ¿Dónde están los japoneses?
- No sé.

El copiloto había dejado al piloto aprestando el avión y volvía a buscar a sus cuatro pasajeros en el bote. Esa señal hizo que Chuck y Bettina dejaran de hablar, para mirar fijamente y en silencio el océano.

- Con el tiempo esta isla será un destino turístico. Tu historia debe haber dado la vuelta al mundo, hasta el Washington Post la reprodujo. Preguntemos a los japoneses cómo se enteraron, ¿quieres?
- Hazlo tú, poco me importa y no me gustaría demasiado ver un Mc Donalds acá.
- Soy curiosa, pero bueno, si no te interesa, seguimos dialogando en silencio...

En minutos, el copiloto interrumpió la calma y les dijo que empezaría a llover, así que entre los tres fueron a buscar a los japoneses. Al rato, vieron azorados cómo éstos habían ascendido casi hasta la cumbre de la isla para observar vaya a saber qué cosa...

Recién después de gritos y señas pudieron hacer que bajaran, pero se había hecho tarde y había comenzado a llover.

Por el walkie talkie el piloto les decía que ya no podrían volver, porque el avión, si bien estaba en la laguna, tenía poco espacio para despegar y eso se debía hacer con buena luz de día. Él se quedaría a dormir en el avión y los de tierra deberían buscar cobijo para pasar la noche y salir de mañana temprano.

El único lugar aceptable era la cueva de Chuck. Con un par de colchonetas inflables y salvavidas que había en el bote, improvisaron unas camas y la cerveza y las latas que había en la nevera portátil servirían de cena. Chuck tenía más miedo que los otros cuatro. El copiloto, como pseudo anfitrión, bromeaba falsamente para sacar dramatismo a la situación. Después de todo, él era quien vendía la excursión.

Los japoneses, deshaciéndose en disculpas por haber retrasado el regreso, pero con un cierto aire de estar viviendo la aventura de sus vidas, comenzaron a pedir anécdotas a Chuck, quien las contaba de muy mala gana.

Casi nadie durmió, los truenos y rayos dieron paso a un importante aguacero. ¿Qué pasaría con el avión allá afuera? Bett fue la única que pudo descansar algo más que los otros. El copiloto se asomaba a cada instante para mirar hacia el avión, el cual, a pesar de estar anclado, en un momento de pudo divisar desde la entrada de la cueva. ¡Se había movido más de 20 metros!!!

La madrugada fue sentida como la salvación y la llegada de cierta calma. La lluvia había cesado casi por completo y podrían salir para aprestar el bote. Cuando por fin lo tuvieron listo, vieron salir de entre las matas de la orilla... ¡al piloto!!

- ¿Qué hiciste compañero?
- ¿No pensarías que me quedaría en el avión a merced de los rayos no? Nadé hasta la playa y me refugié en una saliente de las rocas, para estar más seguro, dijo temblando de frío el piloto. No pude encontrar la cueva en la noche y con esa tormenta, así que hice lo que pude...

Todos resoplaron, pensando si el hombre estaría en condiciones de pilotear la nave.

Rápidamente y con las primeras luces, abordaron el avión las seis personas. Unas camperas y ropa de sus bolsos sirvieron para cambiarse y luego tomar café de un termo. El avión dio trabajo para arrancar, pero por fin estaban levantando el ancla y decolando hacia Fiji. Chuck y Bett se aferraron de las manos. Ambos se preguntaban: "¿era necesario este viaje?".

Por fin, el hotel, que parecía ahora de 100 estrellas, les dio cobijo, buena comida y una ducha inolvidable.

Los japoneses, con otros pasajeros del hotel se emborracharon contando las anécdotas del día anterior.

Bett y Chuck se retiraron temprano a su habitación y juntaron las camas que antes estaban separadas y durmieron juntos, muy juntos.

FIN